

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Francisco

Mensaje

JORNADA MUNDIAL DE LAS MISIONES 2013

Jornada Mundial de las Misiones 2013

20 de octubre de 2013

Queridos hermanos y hermanas:

Este año celebramos la Jornada Mundial de las Misiones mientras se clausura el Año de la fe, ocasión importante para fortalecer nuestra amistad con el Señor y nuestro camino como Iglesia que anuncia el Evangelio con valentía. En esta perspectiva, quisiera proponer algunas reflexiones.

1. La fe es un don precioso de Dios, que abre nuestra mente para que lo podamos conocer y amar; Él quiere relacionarse con nosotros para hacernos partícipes de su vida y hacer que la nuestra esté más llena de significado, que sea más buena, más bella. Dios nos ama, pero la fe necesita ser acogida, es decir, necesita nuestra respuesta personal, el coraje de poner nuestra confianza en Dios, de vivir su amor, agradecidos por su infinita misericordia. Es un don que no se reserva solo a unos pocos, sino que se ofrece generosamente a todos. Todas las personas deberían poder experimentar la alegría de ser amados por Dios, el gozo de la salvación. Y es un don que no se puede conservar para uno mismo, sino que debe ser compartido; si queremos guardarlo solo para nosotros mismos, nos convertiremos en cristianos aislados, estériles y enfermos. El anuncio del Evangelio es parte del ser discípulos de Cristo y es un compromiso constante que anima toda la vida de la Iglesia. «*El impulso misionero es una señal clara de la madurez de una comunidad eclesial*» (Benedicto XVI, Exhortación Apostólica *Verbum Domini*, 95).

3. A menudo, la labor de evangelización encuentra obstáculos no solo fuera, sino también dentro de la comunidad eclesial. A veces el fervor, la alegría, el coraje, la esperanza de anunciar a todos el mensaje de Cristo y de ayudar a la gente de nuestro tiempo a encontrarlo son débiles; en ocasiones, todavía se piensa que llevar la verdad del Evangelio es violentar la libertad. A este respecto, Pablo VI usó palabras iluminadoras: *«Sería... un error imponer cualquier cosa a la conciencia de nuestros hermanos. Pero proponer a esa conciencia la verdad evangélica y la salvación ofrecida por Jesucristo, con plena claridad y con absoluto respeto hacia las opciones libres que luego pueda tomar... es un homenaje a esta libertad»* (Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*, 80). Siempre debemos tener el valor y la alegría de proponer, con respeto, el encuentro con Cristo, de hacernos heraldos de su Evangelio; Jesús ha venido entre nosotros para mostrarnos el camino de la salvación, y nos ha confiado la misión de darlo a conocer a todos, hasta los confines de la tierra. Con frecuencia, vemos que lo que se destaca y se propone es la violencia, la mentira, el error. Es urgente hacer que resplandezca en nuestro tiempo la vida buena del Evangelio con el anuncio y el testimonio, y esto desde el interior mismo de la Iglesia; porque, en esta perspectiva, es importante no olvidar un principio fundamental de todo evangelizador: no se puede anunciar a Cristo sin la Iglesia. Evangelizar nunca es un acto aislado, individual, privado, sino que es siempre eclesial. Pablo VI escribió que *«cuando el más humilde predicador, catequista o pastor, en el lugar más apartado, predica el Evangelio, reúne a su pequeña comunidad o administra un sacramento, aun cuando se encuentre solo, ejerce un acto de Iglesia»*; no actúa *«por una misión que él se atribuye o por inspiración personal, sino en unión con la misión de la Iglesia y en su nombre»* (ibíd., 60). Y esto da fuerza a la misión y hace sentir a cada misionero y evangelizador que nunca está solo, que forma parte de un solo Cuerpo animado por el Espíritu Santo.

4. En nuestra época, la movilidad generalizada y la facilidad de comunicación a través de los nuevos medios han mezclado entre sí a los pueblos, el conocimiento y las experiencias. Por motivos de trabajo, familias enteras se trasladan de un continente a otro; los intercambios profesionales y culturales, así como el turismo y otros fenómenos análogos, empujan a un gran movimiento de personas. A veces es difícil, incluso para las comunidades parroquiales, conocer de forma segura y profunda a quienes están de paso o a quienes viven de forma permanente en el territorio. Además, en áreas cada vez más

se encuentran en dificultad —no es raro que se trate de Iglesias de antigua cristiandad—, llevando la frescura y el entusiasmo con que viven la fe, que renueva la vida y da esperanza. Vivir en este aliento universal, respondiendo al mandato de Jesús «*Id, pues, y haced discípulos de todas las naciones*» (Mt 28,19) es una riqueza para cada una de las Iglesias particulares, para cada comunidad; y donar misioneros y misioneras nunca es una pérdida, sino una ganancia. Pido a todos aquellos que sienten la llamada que respondan con generosidad a la voz del Espíritu Santo, según su estado de vida, y que no tengan miedo de ser generosos con el Señor. Invito también a los obispos, a las familias religiosas, a las comunidades y a todas las agregaciones cristianas a sostener, con visión de futuro y discernimiento atento, la llamada misionera *ad gentes*, y a ayudar a las Iglesias que necesitan sacerdotes, religiosos y laicos para fortalecer la comunidad cristiana. Esta atención debe estar también presente entre las Iglesias que forman parte de una misma Conferencia Episcopal o región; es importante que las Iglesias más ricas en vocaciones ayuden con generosidad a las que sufren por su escasez. Al mismo tiempo, exhorto a los misioneros y a las misioneras, especialmente a los sacerdotes *fidei donum* y a los laicos, a vivir con alegría su precioso servicio en las Iglesias a las que son destinados, y a llevar su alegría y su experiencia a las Iglesias de las que proceden, recordando cómo Pablo y Bernabé, al final de su primer viaje misionero «*contaron todo lo que Dios había hecho a través de ellos y cómo había abierto la puerta de la fe a los gentiles*» (Hch 14,27). Los misioneros pueden llegar a ser un camino hacia una especie de “restitución” de la fe, llevando la frescura de las Iglesias jóvenes, de modo que las Iglesias de antigua cristiandad redescubran el entusiasmo y la alegría de compartir la fe, en un intercambio que enriquece mutuamente el camino de seguimiento del Señor.

La solicitud por todas las Iglesias, que el obispo de Roma comparte con sus hermanos en el episcopado, se refleja de forma importante en el compromiso de las Obras Misionales Pontificias, que tienen como propósito animar y profundizar la conciencia misionera de cada bautizado y de cada comunidad, ya sea reclamando la necesidad de una formación misionera más profunda de todo el Pueblo de Dios, ya sea alimentando la sensibilidad de las comunidades cristianas para que ofrezcan su ayuda con el fin de favorecer la difusión del Evangelio en el mundo.

Por último, me refiero a los cristianos que, en diversas partes del mundo, se encuentran en dificulta-